



A.Y. CHAO

SHANGHAI INMORTAL

minotauro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. El paquete

2. Lady Soo

3. Los guardias

4. Subidón de sangre

5. Lord Black

6. Malditos gallos

7. El trato

8. Igual pero diferente

9. Ropa nueva

10. Guardias

11. La perla de dragón

12. Cruzando el velo

13. La luz del sol

14. Amigos

15. Aroma a nieve

16. Un brindis

17. Puesto de control

18. Hambre

19. Marcelle

20. Sensibilidades heridas

21. Lluvia, lluvia, vete ya

22. Me gusta

23. Rotos

24. Hogar, dulce hogar

25. El esfuerzo cultiva la mente

26. ¡Yuju!

27. Sorpresa

28. De acá para allá

29. Vista de dragón

30. Arcoíris

31. Lluvia

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Entregada por su madre al Rey del Infierno siendo una niña, Lady Jing es mitad vampiro, mitad espíritu-zorro y una descarada insolente. Como tutelada del Rey, Jing ha pasado los últimos noventa años haciendo recados, esquivando las burlas de las odiosas cortesanas hulijing e intentando controlar su explosivo carácter... con resultados dispares.

Un día, por casualidad, oye a las cortesanas conspirar para robarle al Rey una perla de valor incalculable, y decide aprovechar la oportunidad para ponerlas en evidencia de una vez por todas.

Así, con la ayuda del mortal responsable del Banco Central del Infierno, Jing se embarca en una búsqueda salvaje de información, primero en el Infierno y luego en el Shangháí mortal. Sin embargo, cuando sus hijinks ponen al mortal en peligro, debe decidir qué es más importante: vengar su pérdida de prestigio o renunciar a su vida actual y tener la oportunidad de experimentar la ternura y, tal vez, incluso el amor.

SHANGHÁI INMORTAL

A.Y. Chao

上海狐仙



minotauro

Para mi pequeño *kraken*.
Trabaja duro, habla con sinceridad y que el *dabian* no caiga sobre ti.

知彼知己, 百戰不殆; 不知彼而知己, 一勝一負; 不知彼, 不知己, 每戰必殆.

- 孫子兵法

«Si conoces a tu enemigo y te conoces a ti mismo, ni en cien batallas correrás peligro. Si no conoces a tu enemigo pero te conoces a ti mismo, perderás una batalla y ganarás otra. Si no conoces a tu enemigo ni te conoces a ti mismo, conocerás la derrota en cada batalla.»

SUN TZU, *EL ARTE DE LA GUERRA*

El paquete

La sofocante noche de Shanghái se cierne como un cortinaje sobre mis hombros desnudos. Me apoyo en la puerta de un almacén destartado. Con las encías doloridas y un rugido en el estómago espero la llegada del paquete secreto de Big Wang. Las cigarras cantan a mi alrededor. Con un título como el de *Lady Jing del Monte Kunlun* y con antepasados entre los que destaca la gran diosa Reina Madre de Occidente, hacer recados a las tres de la mañana con este calor putrefacto podría estar considerado por debajo de mi posición. Con un título así, cabría esperar que fuese un bellezón, con una cabellera, unas tetas y un culo dignos y elegantes. Pues bien, ya de entrada te diré que te quites de la cabeza esa idea. Soy una mezcla degenerada de genes y circunstancias desafortunadas. De mi querida y difunta madre —una hulijing, o *bruja espíritu-zorro*, como prefiero llamarla—, heredé mi salvaje falta de encanto; de mi padre —un vampiro con cara de sanguijuela que ni siquiera se tomó la molestia de quedarse por aquí—, una maldita predilección por la sangre que resulta de lo más inconveniente.

Mientras que las tres de la mañana es quizá la hora del día en la que el calor es más intenso, el crepúsculo es el momento en que el velo entre el mundo mortal y los reinos del Infierno se vuelve más fino, lo que facilita que los mensajeros mortales puedan hacer sus entregas. Por mucho calor que haga, Big Wang quiere que espere, y eso es lo que hago.

¿Y qué tiene que ver Big Wang con todo esto? Permíteme que comparta contigo la historia de esta pobre huérfana. Mi querida madre tenía también una maldita e inconveniente predilección, a saber, los diamantes del tamaño de huevos de codorniz, tesoros que una deidad indigente como ella no podía permitirse. Y en vez de renunciar a sus preciosas joyas, siendo yo una mocosa decidió entregarme como moneda de empeño a Big Wang, conocido también como el Rey del Infierno, para pagar de este modo las deudas que había contraído con sus compras. Y luego va y se muere antes de poder recuperarme.

Sí, llora, llora, lo sé.

La madera hinchada de la puerta del almacén cruje contra mi espalda. El edificio de ladrillo rojo es una de las muchas estructuras de escasa altura que se alinean a orillas del río Whangpoo. Vivió sin duda tiempos mejores y actualmente está erosionado y desgastado por la humedad. A Big Wang no le costaría nada reconstruir los almacenes y dejarlos nuevos y relucientes, pero los prefiere así. Dice que le dan carácter a este lugar. Me subo el qipao de algodón hasta los muslos

y abro las piernas todo lo que permite el vestido ceñido que llevo. Aquí hace más calor que en las Calderas del Infierno. Me paso la lengua por las encías, doloridas pero todavía suaves, y fantaseo con la gran copa de sangre helada que me ganaré con este recado. Sangre de tres días, la que más me gusta, cuando adquiere la cantidad justa de cosquilleo *pétillant*.

Me duelen los pies, me quito de una de las zapatillas de seda —una cosa minúscula, estrecha y ridícula que resulta más útil como instrumento de tortura que como prenda— y me masajeo el puente del pie para aliviar una rampa. Imagino que Big Wang estará esperando otra de sus asquerosas piezas de colección. Una de sus queridas tortugas, quizá, o un koi para su estanque, pero el dichoso paquete llega tarde. La impaciencia y el hambre libran una pelea dentro de mí. Por mucho que me gustaría largarme, no puedo. El sudor me cae por la espalda y me recojo el pelo, improviso un moño para que no me toque la piel, me desabrocho el cuello del qipao e intento abanicarme. El tiempo no da respiro. Incluso el airecillo que corre es abrasador.

La mayoría de la gente conoce la versión decadente y dividida de Shangháí, la del otro lado del velo, un enclave extranjero emplazado entre las tetas, tiernas como el tofu, del Reino Medio. Los mortales la llaman el París del Este, el Nueva York del Oeste. Su versión de mi ciudad rebosa de yang qi, una fuerza vital violenta, virulenta y vibrante; un patio de recreo infinito para potencias extranjeras, mercaderes y gánsteres, compitiendo todos ellos por su dominio. Pero la regla más inviolable del Cosmos es el equilibrio. El yang no puede existir sin el yin. Y con el Shangháí mortal sucede lo mismo. Nosotros, los yaojing —tanto deidades como demonios— tenemos nuestra propia versión del yin: el Sangháí inmortal, la deslumbrante capital del Infierno.

En nuestro lado del velo —el lado del Infierno—, el río desierto fluye negro y turbio en la penumbra. Y a través del velo se vislumbran las sombras humeantes de las embarcaciones mortales que se agolpan en las corrientes. Grandes juncos con velas que recuerdan a las alas de los murciélagos navegan como fantasmas por el agua, sampanes de menor tamaño saltan en su estela mientras entre ellos flotan formas rectangulares oscuras. Ataúdes. Cada vez más abundantes. Los disturbios protagonizados por la población civil del mundo mortal, agravados por el ansia de las potencias extranjeras de masacrar el Reino Medio y transformarlo en trofeos de carne, inundan de fantasmas el Shangháí inmortal. Hace unos años, los japoneses bombardearon Zhabei, el barrio chino de Shangháí. Transbordadores fantasma amarraban en nuestros puertos, uno tras otro, formando un incesante convoy de muerte.

El olor agríndice a salmuera y plantas putrefactas me provoca escozor en la nariz. Mezclado en el cóctel de aromas hay uno que me provoca a la vez náuseas y salivación: el hedor inconfundible de cadáveres hinchados llenos de sangre. Mis colmillos, diminutas garras blancas, me atraviesan las encías. El pinchazo que siento en el estómago aumenta hasta transformarse en una sed ardiente que me recubre la garganta de agujas. El envite repentino del agua contra la madera me provoca escalofríos en la piel, a pesar de tenerla empapada de sudor. Mis colmillos se retraen, la sed de sangre se desvanece. La madera protesta con un crujido y necesito unos

segundos para caer en la cuenta de que lo que simplemente sucede es que se acerca un sampán. No sin esfuerzo, me separo de la puerta por temor a romper sin querer la maltrecha madera. Nunca me ha gustado el agua. Gracias a Tian, en este lugar no llueve jamás.

Mientras la forma oscura del sampán se aproxima a la frontera de niebla, vuelvo a ponerme correctamente el qipao. Tiro del tejido azul celeste hasta que me cubre de nuevo las rodillas y abrocho otra vez el botón del cuello. Big Wang, como todos los yaojing, es bastante conservador en estos aspectos. Una de esas brujas espíritu-zorro de la corte de mi abuela me acusó en una ocasión de enseñar demasiada pierna y acabé pelando ajos en las cocinas del Hotel Cathay durante un mes para pedir perdón por no acatar las virtudes confucianas y «ofender a mis antepasados». Me cago en todos los pedos. Tardé luego un mes entero en dejar de estornudar y otro en dejar de apestar a ajo.

El sonido de un fósforo al encenderse y el siseo de una llama devuelven mi atención hacia el río.

—*Boh-yo-boh-lo-mi.*

Una voz ronca pronuncia las palabras que atraviesan la barrera de nuestro Shanghái.

De la turbia oscuridad emerge un sórdido sampán, más un trozo de corteza que una barca. Un hombre rechoncho salta de la popa abierta al desvencijado embarcadero. La madera cruje bajo sus pies descalzos. Carga sobre su espalda un saco grande y lleno de bultos, y de su boca cuelga una varita de incienso que brilla con intensidad. Mientras avanza por la pasarela, espirales de humo azul se elevan en el aire, liberando en la noche el aroma del incienso. Se detiene al llegar al camino de tierra, a veinte pasos de mí, y suelta su cargamento con un gruñido. La entrega es mucho más grande de lo que me esperaba. El mortal no se acerca más; no es tonto. Puede que tenga un pase de Big Wang para entrar y salir de nuestro reino mientras la varita de incienso permanezca encendida, aunque eso no es garantía de seguridad. Su sangre y su yang qi son música celestial para mí, pero mantengo las distancias. Big Wang perdona muchos de mis fallos, tanto accidentales como intencionados, pero sé de sobra que no debo hacer ningún daño a sus mensajeros.

Vuelvo a apoyarme en la puerta, no por miedo, esta vez, sino por precaución. El mortal me saluda inclinando todo el cuerpo, tal y como debe ser el saludo de un mortal a un yaojing. No tiene ni idea de qué soy, solo sabe que soy peligrosa. Muy despacio, el mortal retrocede, sin despegar la mirada de las sombras en las que me encuentro, para regresar a su sampán y al Shanghái mortal. Su olor persiste y me hace estremecer de deseo. Solo cuando el sampán ha atravesado el velo, me acerco al saco de tejido tosco. Es una forma complicada, todo bultos y ángulos extraños. Lo cojo. Lo que hay en su interior se retuerce y, a continuación, una forma mortal adopta la posición sentada.

Retrocedo de un salto. ¿Qué demonios?

El olor es tan fuerte que se me doblan las rodillas y me veo obligada a contener la respiración. *Tian*. La canción de la sirena no salía de la varita de incienso. Sino que viene del saco. Mis

colmillos emergen por completo, mis encías palpitan, no puedo enfocar bien la vista. Esto no es sangre rancia. En el interior del saco hay un mortal vivo, con sangre buena, dulce, fragante y empalagosa como un tan hua, la efímera flor blanca que florece una vez al año en la noche de los muertos para morir rápidamente al amanecer, una metáfora perfecta para ese mortal que huele tan deliciosamente en el Infierno. Siento un hormigueo y trago repetidamente saliva porque no puedo parar de salivar. Nunca he estado tan cerca de un mortal vivo y la cabeza me da vueltas. Big Wang ha dicho que tenía una sorpresa para mí. Hemos estado hablando sobre mi próximo cumpleaños: en un par de semanas cumplo cien años de juventud. Se supone que a partir de ese momento deberé adoptar mi título y desempeñar mi puesto en la corte, algo que no tengo ni la más mínima intención de hacer. Tal vez el paquete sea una ofrenda de paz, aunque no apostaría por ello. Conteniendo aún la respiración, me agacho dispuesta a abrir el saco.

Desato la cuerda, el saco se abre como una mandarina madura y aparece un hombre de treinta y pico años vestido con un traje gris claro de estilo occidental, un atuendo popular entre los shanghaineses de hoy en día. Las túnicas changpao con sus cuellos mandarín han pasado a la historia y han sido sustituidas por las últimas tendencias occidentales, que llegan hasta aquí a través de un flujo interminable de cruceros, revistas de moda y películas. El hombre tiene la piel clara, ojos castaños y un remolino en su pelo oscuro. Me mira con ojos luminosos y una sonrisa radiante. Inspiro con cuidado. Está sano. Ningún indicio de la enfermedad que suele contaminar los cadáveres que se extraen del río.

Cierra el puño, se golpea con fuerza la palma de la mano contraria y saluda con tanto entusiasmo que me quedo boquiabierta.

—Este ser poco inteligente lleva mucho tiempo admirando vuestra gloria, venerable Lady Jing —dice, empleando un tono tan confiado y alborozado que parece que se alegre de conocerme.

Lo miro con mala cara. Nunca nadie se alegra de conocerme.

—¿Cómo sabes quién soy?

Una sonrisa de oreja a oreja forma sendos hoyuelos en sus mejillas y todo su ser rezuma un entusiasmo infantil. Me recuerda a un cachorro grande.

—El nobilísimo Yan Luo Wang ha dado órdenes a este humilde servidor de ofrecer su persona a la virtuosa Lady Jing. Toda mi gratitud por haber esperado la llegada con retraso de vuestro humilde servidor.

¿Ofrecérseme? Debe de ser un regalo: un tentempié voluntario. Por fin Big Wang ha tenido un detalle conmigo. Todo esto es inesperado y me siento tanto excitada como nerviosa. Consumo siempre la sangre con un vaso y una pajita; no sé si me gusta mucho la idea de alimentarme de un mortal vivo. ¿Y si empieza a moverse o a emitir sonidos extraños? Pero la sed de sangre se apodera de mí y disipa todos estos pensamientos hasta que lo único que veo, escucho y huelo es la sangre que late en su garganta. Me inclino hacia él, abro al máximo las mandíbulas.

El hombre emite un sonido ahogado, se echa bruscamente hacia atrás e interpone una mano

entre mi cara y su cuello. Me muestra una pequeña tarjeta negra con tres caracteres de color granate. Recuerdo de pronto una advertencia. Sacudo la cabeza para despejarme y entrecierro los ojos para poder ver mejor la tarjeta. Los caracteres en rojo y negrita se enfocan lentamente. Yan Luo Wang. El nombre completo de Big Wang. Me alejo del mortal y de su tentador olor.

La tarjeta que el hombre tiene en la mano es una invitación formal al Infierno por parte del Rey en persona. Me apresuro a poner más distancia entre mi casi-bebida y yo. Qué cerca he estado. De haberme merendado al invitado de Big Wang me habría ganado otro largo sermón y, con toda probabilidad, medio año pelando ajos.

—Levantad vuestra honorable mano —dice el hombre, quizá con menos confianza— y conducid al que está por debajo de vos hasta el venerable Rey del Infierno, Yan Luo Wang.

Mis hombros se crispan ante tanta pedorreta cortesana. ¿Por qué no se limita a decir «no me hagais daño, por favor»? «Levantad vuestra honorable mano.» Ni siquiera tiene sentido.

Le gruño y le muestro tanto los colmillos como mi enfado. Se queda blanco, se lleva entonces la mano al cuello y saca del interior de la camisa un bi de plata, un disco del tamaño de una moneda con un orificio cuadrado en el centro con un montón de conjuros grabados para protegerse de los demonios. Se supone que sirve para ocultar a los yaojing la naturaleza mortal de quien lo lleva y funciona como pase oficial del ministerio y salvoconducto para circular por el Infierno. Estrictamente hablando, y aunque a los yaojing no nos gusta la plata, no nos debilita. Al fin y al cabo, la plata yin se exporta desde la Corte Hulijing, donde existe en abundancia en las profundidades de las Colinas Turquesa. Ninguno de los hulijing ancianos que conozco ha sufrido daño alguno por manipular plata yin. Parece que están acostumbrados, pero lo que sea que he heredado del holgazán de mi padre hace que me salgan ampollas y que me escuezan los ojos y la nariz si me acerco demasiado a la plata. La última vez que me tropecé con un pequeño talismán del Ministerio del Trueno y las Tormentas, me empezaron a escocer los ojos a cinco pasos de distancia. Pero con este bi ni siquiera me pica la nariz. Me inclino y cojo con cuidado el amuleto entre el índice y el pulgar. Nada. Ni calor, ni sarpullido, ni siquiera una leve oleada de náuseas. Es falso.

Me echó a reír, y sorprende con ello al mortal, aunque luego entiendo rápidamente cuánto mafan significa esto para mí. Va a ser difícil conducirlo hasta Big Wang. Mi irascibilidad hierve a fuego lento y amenaza con estallar. Si no puedo presentárselo sano y salvo, no recibiré a cambio mi copa de sangre. Y todo porque ese podrido mortal es incapaz de ver la diferencia entre la plata yin de verdad y una imitación barata.

—Espero que no hayas pagado muchos taels de plata por esto —digo, empleando un tono cortante, resultado de la rabia y el hambre.

El hombre intenta alejarse de mí, lo cual resulta un poco difícil porque tiene las piernas aún metidas en el saco y yo estoy sujetando el bi que lleva colgado al cuello.

—¡Lo vale! La anciana me dijo que Lord Lei lo había bendecido en persona.

Su evidente pánico solo sirve para enojarme más si cabe. Tonto mortal.

—¿Lord Lei, el Señor del Trueno? ¿Que él ha bendecido esta mierda? —Mis carcajadas suenan tan estridentes como el canto de las cigarras—. Si fuera un talismán de verdad acuñado por el ministerio y bendecido por el viejo Lei, te digo que sí, que efectivamente te permitiría circular con seguridad por el Infierno. Pero ¿esto? Con esto ni siquiera podrías entrar en la letrina más próxima.

—Este humilde servidor ha seguido al pie de la letra las instrucciones del excelso y virtuoso Yan Luo Wang. Este humilde servidor pagó lo que el erudito y noble Yan Luo Wang dijo que debía pagarle a la anciana.

—Oh, por todos los diablos, cierra el pico y deja de utilizar de una vez esa cháchara cortesana. Necesito pensar.

Si el talismán no neutraliza el olor de su sangre y su yang qi, el mortal será un imán para todos los yaojing. Porque por mucho que esos hipócritas menosprecien mi debilidad por la sangre, no es que ellos sean mejores, ya que babea por el yang de cualquier mortal. Entender lo que voy a tener que hacer para llevar a este mortal sano y salvo ante Big Wang no mejora precisamente mi estado de ánimo.

—Eso —digo, y señalo la tarjeta negra que el mortal estruja en su mano— es lo que te ayudará a entrar en el Infierno. Pero sin el talismán de Lord Lei...

—Este humilde servidor... —Su mirada se clava en mis hermosos, brillantes y afilados dientes— ha pagado un buen dinero por esto. ¿Está segura Lady Jing de que...?

—Guarda esa lengua si quieres conservarla en su sitio. Y no me interrumpas.

Se encoge de miedo, se pone de rodillas y extiende los brazos mientras se postra una y otra vez, golpeándose la frente contra el suelo con cada inclinación.

—Levantad vuestra mano honorable, este humilde servidor... quiero decir, yo, el ser más indigno, suplico vuestra gloria, levantad vuestra mano honorable, levantad vuestra mano honorable.

Su voz se vuelve más aguda con cada golpe que se da contra el suelo.

Echo la cabeza hacia atrás para contemplar un cielo desprovisto de estrellas e inspiro hondo. Big Wang dice siempre: «Cuenta hasta diez, lentamente, antes de precipitarte.» «Yi. Er. San», cuento, y sigue contando, despacio, hasta que llego a diez. Mi ira se aplaca, a pesar de que el mortal sigue postrándose ante mí.

—Por favor —lloriquea.

Su gemido enciende la calma que tanto me ha costado conseguir. El débil jamás debería mostrar sus debilidades. Mejor haría ofreciéndome su cuello. Este tonto no tiene ni el más mínimo instinto de super-vivencia. La próxima vez que su frente toque el suelo, le piso la cabeza. Lo veo debatiéndose junto al delicado bordado de grillos y mariposas amarillas de mis zapatillas de seda azul. «No le pisotees la cabeza hasta convertirla en una papilla de huesos y sesos.» Me repito la frase tres veces a modo de mantra, una enseñanza que forma parte de las

técnicas para la gestión de la rabia que me está haciendo aprender Big Wang. Y esta vez cuento hasta cincuenta antes de volver a hablar.

—No voy a comerte. No voy a dejar que te coman. Pero por el amor del sagrado yang, cierra la boca de una vez por todas.

Por fin se queda quieto. Maldigo a Big Wang. Me dijo que llevara el «paquete» directamente a sus aposentos privados de la planta superior del Hotel Cathay. No puedo correr el riesgo de entrar con el mortal por la puerta principal. El hotel está repleto de deidades y demonios que asisten al Consejo Mahjong Ministerial y se abalanzarían sobre él como langostas sobre un arrozal. Si el talismán que lleva el mortal fuera auténtico, podríamos cruzar el vestíbulo sin problemas y pasearnos incluso entre los integrantes del Consejo Mahjong sin que nadie se fijara en nosotros. A no ser que yo llamara la atención con mis ojos rojos, mis estornudos y mis ampollas. Pero sin el talismán, el único camino posible hasta la planta superior es por el lateral del edificio.

—¿Lady Jing no piensa matarme?

Se incorpora, se levanta lentamente y me mira con ojos de corzo. Me muero de ganas de arrearle un sopapo.

El mortal me saca una cabeza de altura. Es ancho de hombros, con mandíbula fuerte y tiene las pestañas largas de un asqueroso ciervo. No es feo. Pero no puedo evitar pasarme la lengua por los dientes. Ninguna de esas cosas me facilitará la labor de pasear por las calles del Shanghái inmortal cargada con un bulto vivo y voluminoso que apesta a sangre y a yang.

Me tiende la mano.

—Me llamo Tony. Tony Lee.

Su voz, igual que su mano, tiembla.

Mi instinto es apartar esa mano de un bofetón. ¿Cómo se atreve a pretender tocarme sin invitación previa? Pero en lugar de eso, y consciente de mi estado de ánimo y de la tarea que se me ha encomendado, agarro su mano extendida y con un solo movimiento me lo cargo a la espalda como si fuera una estola de piel. Su cuerpo se curva alrededor de mi cuello y sus piernas quedan colgando sobre mi hombro. No resulta muy cómodo. Sobre todo cuando intenta, evidentemente sin éxito, soltarse.

—¡Lady Jing! ¡Por favor! ¡Esto es indecoroso! —chilla con indignación.

La cercanía del latido de su sangre me obliga a apretar los dientes. Su cabeza cuelga sobre mi hombro derecho; tengo una clara visión de su cara y él de la mía.

—A ver, señor Lee, presta de una vez atención. Ese talismán Lei que llevas no es válido. ¿Entiendes lo que eso significa?

Deja de revolverse. Su silencio me da a entender que lo comprende perfectamente.

Por muy Rey del Infierno que sea Big Wang, el que controla el paso por Tian —las tierras Celestiales y los reinos del Infierno— es el Ministerio del Trueno y las Tormentas. Sin el talismán, es como si llevara encima un neón anunciando *bufé libre*.

—Te llevaré en presencia de Big Wang. Pero si quieres llegar hasta allí vivo y con tu qi prenatal intacto, deberás mantenerte pegado a mí y seguir con el pico cerrado. El olor de tu yang qi se nota más cuando respiras. El Infierno está lleno de espíritus hambrientos y tú, simple mortal, no eres más que un apetecible tentempié de medianoche.

Lady Soo

Me subo el qipao para liberar las piernas. Estoy segura de que se me ve el culo. El señor Lee se retuerce, como si quisiera seguir escupiendo más mierda de esa de «este humilde servidor», pero en cuanto ve la cara que pongo, da muestras de un mínimo de inteligencia y cierra la boca de golpe.

Libres las piernas de impedimentos, me pongo en marcha y serpenteo por las callejuelas que discurren entre los gigantescos almacenes hasta llegar a las luces de neón de una calle ancha y asfaltada flanqueada por edificios de madera de dos plantas, con porches con columnas de piedra a nivel de la calle y segundos pisos en voladizo. El volumen y el calor del mortal, que se suman al calor reinante en la calle, me dificulta avanzar a la velocidad que me gustaría. Esta calle es el camino más rápido hasta el Bund, el resplandeciente paseo marítimo de Shanghái donde se encuentra el Hotel Cathay, el cuartel general de Big Wang. Camino entre las sombras que proyectan los porches y olisqueo continuamente el ambiente para captar la posible presencia de cualquier yaojing.

Me golpea de repente una combinación del aroma dulzón de la carne en estado de descomposición y el olor a moho húmedo. Jiangshi. Por la fuerza del hedor, supongo que son dos. Primos lejanos de los vampiros, los jiangshi son los únicos yaojing (aparte de mí) cuyo alimento preferido es la sangre, aunque ni los vampiros ni los jiangshi están dispuestos a reconocer su parentesco. Los jiangshi son básicamente cadáveres rígidos que se mueven a saltos. Dado lo exigentes que son los vampiros con su apariencia —capas, terciopelo, corsés y demás—, no es de extrañar que arruguen la nariz ante la presencia de sus desaliñados primos. Y creo que los jiangshi antes se inmolarían que reconocer su parentesco con los vampiros, ya que son casi tan xenófobos como mi abuela y no les gustan nada los extranjeros. Su parentesco con los vampiros, de todos modos, hace que el sentido del olfato de los jiangshi sea casi tan bueno como el mío. Asomo la cabeza por la esquina.

Rótulos de neón cuelgan como pancartas en la segunda planta de muchos edificios, anunciando negocios como «Hing Cheong, Sastrería Masculina», «Empeños Doble Suerte», «Productos de Belleza Semilla de Dragón», en intensos rojos, amarillos, púrpuras y verdes. Dos jiangshi saltan vacilantes entre los charcos de luz y su piel verdosa adquiere las tonalidades de los neones. Cantan desafinadamente una canción obscena. Por lo demás, la calle está vacía. Los

saltarines se interponen entre mí y el Garden Bridge, esa monstruosidad metálica que cruza Soochow Creek. Otro riachuelo de agua putrefacta.

—Aguanta la respiración. Vamos a cruzarnos con un par de jiangshi.

El mortal pone una cara que me da a entender que está a punto de soltar daban.

No, por favor. Acabo de lavar este qipao.

—Ni te atrevas a cagarte encima de mí o te como.

Y para subrayar mi amenaza, abro la boca para mostrarle mis largos colmillos.

Pone los ojos en blanco y parpadea. Por todos los diablos, el mortal va a desmayarse. Le pellizco el brazo con fuerza. Esboza una mueca de dolor y el color le vuelve a la cara.

—Los jiangshi ven fatal —le explico—. Si no respiras, ni se percatarán de tu presencia. ¿Me has entendido?

Asiente mansamente. Enfilo la calle y corro todo lo que mis piernas me permiten, sin perder de vista a los saltadores, que siguen canturreando y balanceándose de un lado a otro. Los dos llevan una botella verde en la mano y, entre estrofa y estrofa, van dando tragos. El ruido que hacen ahoga el sonido de mis pisadas, pero igualmente intento avanzar manteniéndome alerta y haciendo el menor ruido posible. A medida que nos acercamos, me empiezan a llorar los ojos por el alcohol del baijiu y el intenso hedor de su carne gris verdosa. Pero están tan borrachos y tan concentrados en sus canciones que creo que no nos ven, de modo que sigo corriendo. Estamos a punto de cruzarnos con ellos. Contengo la respiración, lo cual no impide que mis ojos sigan llorando. El camino hasta el puente está despejado, solo unos pasos más y estaremos fuera de su alcance.

De pronto se planta delante de mí un gallo, un amasijo de plumas multicolores. Intento esquivarlo, pero tropiezo con mis propios pies y salgo proyectada hacia delante. Sujeto al mortal por las piernas y no puedo evitar que mi cuerpo se estampe contra el asfalto con un crujido capaz de romper muchos huesos.

Paralizada, contengo la respiración y cruzo los dedos para que los jiangshi no se hayan dado cuenta de nada.

Pero uno de ellos se para. Veo que olisquea el aire, que aspira profundamente y que mueve la cabeza para intentar localizarnos. Me duele la cadera del impacto. Malditos sean los gallos. Vagan desperdigados por todos lados. Pero no tengo tiempo de estrujar el cuello de la estúpida criatura, ya que veo que el señor Lee está tumbado en el suelo.

Me incorporo hasta quedarme de rodillas y digo entre dientes:

—Levántate.

El segundo saltador emite una risilla aguda y sus ojos se iluminan de verde con energía yin. Mierda. Lo han oído. Abren los dos la boca y una bocanada de la peor halitosis que existe en el Infierno me tumba por completo. El mortal se tapa la boca y la nariz con la mano y yo me agacho para vomitar. El mortal se presiona contra mis piernas y señala desesperado a los saltadores.

Sus lenguas negras mate silban como serpientes y recorren el espacio que se extiende entre nosotros. El mortal grita. Mierda doble. Me levanto tambaleante y me lo cargo de nuevo a la espalda como un saco de arroz. Tengo su cara pegada al culo. Oigo que murmura alguna cosa, pero lo ignoro y echo a correr como si mi yin dependiera de ello. Las lenguas de los saltadores me azotan; el mortal vuelve a gritar mientras un aire frío corre entre mis piernas. ¡Los tengo pegados a mí! Los saltadores chillan y me persiguen. Corro, mareada aún por su apestoso aliento y concentrada en el puente de metal gris que tengo justo delante. Los golpes secos de sus pisadas me siguen muy de cerca.

Los saltadores son rápidos y yo estoy perdiendo ritmo. Cuando vuelvan a sacar la lengua me alcanzarán. El mortal cambia de postura tan de repente que estoy a punto de perderlo.

—Este humilde... —balbucea.

—¡Cierra el pico!

—Tengo monedas —dice.

Sacude una mano llena de monedas, como si quisiera que lo elogiara por ello. Si los jiangshi lo atrapan, me perderé mi miserable copa de sangre.

—¡Tíralas! —grito—. ¿A qué estás esperando?

El metal tintinea en el suelo como respuesta. Los pasos se ralentizan y luego se paran. Los jiangshi no pueden evitar el deseo de contar las brillantes piezas metálicas. Es una de sus debilidades. No miro hacia atrás. Y en cuestión de segundos estoy en el Garden Bridge. Tian. Han estado muy cerca.

Las vigas de acero centellean por encima de mi cabeza mientras corro. Mis pasos avanzan veloces por el puente de metal y dejan un eco sordo a modo de estela. Big Wang siempre elige convenientemente lo que le gusta del reino de los mortales y lo hace realidad en nuestro lado; eligió este puente porque la forma le recordaba a la de sus amadas tortugas. El arroyo que corre por debajo me pone los pelos de punta, pero en unos momentos seré libre. Irrumpo en el Bund y me envuelven los aromas frescos de un jardín bien cuidado con un estanque donde habitan las tortugas más preciadas de Big Wang. Disminuyo un poco la velocidad. El escenario del Bund que me recibe sigue resultándome inquietante: piedra de color claro y luces eléctricas. Añoro las marismas que ocupaban este lugar cuando llegué. En aquellos tiempos, toda Shanghái estaba contenida en el interior de la ciudad amurallada. Puentes desvencijados y embarcaciones de madera creaban un entramado en las marismas que la rodeaban, y los farolillos de papel colgados en los muelles aquí y allá parpadeaban como luciérnagas en la oscuridad omnipresente. Pero Big Wang estaba impresionado por los edificios de construcción extranjera que brotaban como dientes de gigante a lo largo de las fauces del río. Uno a uno, los viejos edificios de madera, con sus sonrientes aleros, fueron desapareciendo para ser sustituidos por grandes monolitos de piedra.

El Bund está lleno a rebosar de fantasmas turistas; Shanghái inmortal es una de las escasas puertas de entrada al puente Nahie, una estructura que las almas deben cruzar para llegar a su